
LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Descripcion de la vida y costumbres de las Babianas.—

Lance gracioso de estas con Gil Blas.—Encuentra Gil Blas á un raro hidalgo y señor del pueblo de Somiedo.—Estravagantes ideas, y rara vida de este pobre señor.

Emprendió pues, su ruta por las Babias, puerto de Somiedo, Grado y Peñaflo. Llevaba su imaginacion ocupada en lo que había observado en la casa de su amigo, viendo á toda su familia decidida por un partido tan opuesto á las ideas de sus tios. Esto le obligaba á presagiar males sin cuento, si por desgracia de la España se generalizaba esta di-

versidad de opiniones, porque raciocinaba de esta manera: Yo he observado en Salamanca esta misma oposicion de ideas. En una de las casas que frecuentaba decian, que todavía eran pocos los veinte y cuatro conventos de frailes y catorce de monjas que allí habia, y que era preciso fundar muchos mas. En otra sostenian, que estas corporaciones se habian apropiado lo mejor de la tierra, y que se mantenian á costa del sudor de los pobres que la cultivaban encerrándose en los claustros brazos muy robustos y muy útiles para el trabajo, sin ejercitarlos en ninguno de los oficios que son indispensables en la sociedad. Los unos afirmaban que los religiosos eran el mas firme apoyo del Estado por su moral, por su doctrina, y enseñanza de las máximas del Evangelio. Los otros atestiguaban con hechos todo lo contrario, haciendo ver el extravío de algunos, que se arrojaban á toda clase de escesos, sin perdonar la seducción de las doncellas, y de las que, no lo siendo ya, pertenecian á otro dueño. Algunos, aunque confesaban este extravío de unos pocos, citaban otros venerables ancianos, que eran un tesoro de ciencia y de virtud, y que estaban esclusivamente dedicados á beneficiar la viña del Señor. Otros confesando ser cierto, añadian, que para eso no eran precisas

tantas rentas, ni tantos bienes como se habian acumulado en perjuicio de las clases pobres, que no poseian un palmo de la tierra, que el Eterno Hacedor habia regalado á todas sus criaturas, sin conceder á ninguno la propiedad de ella. Los que defendian las órdenes religiosas citaban las muchas limosnas que se hacian en los conventos, y probaban que las tierras que les pertenecian eran arrendadas con un cánon muy moderado respecto de todas las demas. En una palabra, cuando yo salia de entre los defensores de los frailes y de los conventos, me parecia que tenian razon; y cuando venia de ver á sus contrarios me parecia que tambien tenian razon. Oh, Dios mio! esclamaba yo interiormente: si estas razones ó estas sinrazones se generalizan por toda la España, ¿á dónde iremos á parar?

Recordaba asimismo otras varias conversaciones que habia presenciado en Salamanca sobre los vínculos y mayorazgos. Los unos los defendian por muy útiles al Estado para sostener el trono, y para perpetuar el nombre de la familia en la mas prolongada sucesion. Los otros los declaraban injustos y perjudiciales á la sociedad por adjudicarse al primogénito todo el producto de las vinculaciones, dejando á los demas hermanos sin ningun derecho á gozar de lo que debia ser de todos por una igualdad.

La misma diversidad de opiniones habia notado en Salamanca respecto de los diezmos y otras varias innovaciones que se intentaban hacer. Esto le presagiaba una encarnizada guerra civil; pero no se atrevia á afirmarse en esta opinion hasta ver lo que le enseñaba el mundo que iba á recorrer. Continuó pues su vereda hasta que llegó á la villa de Cabrillanes en las Babias. Allí se le presentó un nuevo mundo desconocido para él. Apenas habia hombres en aquellos contornos. Las mujeres hacian todos los oficios. Ellas ejercian la noble profesion de la agricultura, sembrando y labrando la tierra con sus bueyes, y manejando la esteva con toda inteligencia. Ellas iban al monte con sus carros que retornaban á sus casas cargados de leña. En una palabra, era una sociedad de mujeres aisladas, pero unas amazonas en la fuerza y animosidad. Sus maridos y sus hijos estaban dedicados á la vida pastoril, y en la Provincia de Estremadura tenian su mas larga mansion. Solamente pasaban por su pueblo en la estacion de verano cuando venian con sus rebaños á darles pastos en las montañas que dividen el Principado de Asturias del reino de Leon.

Se apeó nuestro Gil Blas en la taberna de aquel pueblo, y pidiendo de comer, le presenta-

ron las mejores truchas que puede haber en todo el reino de España. No se puede dar una idea de lo que son sino invitando á los lectores á ir á comerlas allí. Cuando se estaba saboreando con ellas nuestro Santillana, se asomaron por el frente cuatro de aquellas amazonas, y le dicen:—Caballero ¿han de ser voluntarios ó forzosos?—No sé lo que Vds. me preguntan, dijo Gil Blas.—Hablamos de los cacharrones, le contestaron.—Y ¿qué son cacharrones preguntó?—Cacharrones son los azotes que le hemos de dar en sus posaderas.—Quiénes? Vds. á mí?—Ea, muchachas, ya está visto que han de ser forzosos, y manos á la obra. Al decir esto arremeten las cuatro al pobre Gil Blas, y cogiéndole la una por una pierna la otra por la otra, la una del brazo izquierdo y la otra del derecho, me lo levantaron una vara del suelo. En esta actitud comenzaron á darle los cacharrones sobre su trasero por encima de los calzones, y concluida la operacion se marcharon muy satisfechas de haber cumplido su deber.

Es una costumbre inmemorial en las Babias hacer esta operacion á todo pasajero. Si éste voluntariamente se presenta á sufrir la operacion, le dejan, y se van tan contentas estas amazonas; pero si se oponen ó resisten, no hay

M
Si
en
Pr

remedio sino pasar por la ignominia de verse un hombre azotado por mujeres. La resistencia es inútil en el mas valiente, porque las hay allí de una fuerza gigantesca.

Corrido y avergonzado Gil Blas de esta ignominiosa aventura, no se atrevió á esperar otras en aquel pueblo, y continuó su viaje hácia el puerto de Somiedo. Montó su cumbre, y á una legua de descenso se halló con el pueblo de este nombre. Como á doscientos pasos antes de entrar en el vió á un antiguo caballero, hijodalgo notorio, muy semejante á su señor tio el quijote don Gonzalo. Vestia un casacon atabacado, hecho á la antigua española, chalecó blanco, ancho, largo y espacioso; calzon corto de pana azul con sus hebillas de plata que abrazaban sus rodillas, media blanca de hilo del pais, y sus zapatos de cordoban abotonados tambien con hebillas de plata. Colgaban de la trinchá de sus calzones dos cadenas, la una de acero, y la otra de cobre ó de metal del mismo color que pendian de dos relojes ó muestras de faldriquera, una de cada lado. Per el medio de su chaleco blanco sobresalian unos vuelos, chorreras, ó guirindolas de media cuarta de largo, con sus pliegues sueltos y sin planchado. Su peinado consistia en una coleta de pelo como de tres se-

manas de fecha; y añadiendo un sombrero redondo de ala muy ancha en la cabeza, está hecho el verdadero retrato y la original efígie de un dueño y señor de aquel pueblo, que tiene por nombre *Somiedo*.

Al ver venir hácia á sí al caminante Gil Blas, se acercó á él y le dijo:--Caballero, tenga Vd. la bondad de apearse, y venirse conmigo á recibir en mi antiguo palacio el obsequio y hospedaje, que de tiempo inmemorial hacemos en él á todo pasajero. Aquí descansará Vd. de las fatigas del viaje en el paso del puerto, se detendrá algunos dias, y se repondrá del hambre que habrá sufrido en el camino, y tambien en su propia casa, porque en casi todas, menos en la mia, se padecen necesidades, y no se come bien.--Caballero, dijo Gil Blas, yo no he conocido esa hambre, ni esas necesidades hasta hoy en donde me he criado. --Vaya, vaya, replicó el del casacon, la barriga llena como en mi palacio, en ninguna parte; pero no hablemos mas sobre esto, y vamos á casa. Como el aspecto de aquel raro señorón era por otra parte noble y agradable, no le opuso resistencia Santillana, y se dejó ir. A su entrada en el castillo se presentó la señora de él, con cierto aire de dignidad y señorío, pero sin afectacion, pues era, sin duda, toda una señora

de circunstancias por su talento y circunspeccion, diferente en un todo de su estravagante marido. Iba acompañada de toda su familia con sus seis hijas á la derecha, y tres varones á la izquierda, todos ellos desde la edad de 15 hasta los 28 años. Hechos los debidos cumplidos, dió la órden el señor de cubrir la mesa, y se sentaron todos á ella. Era tal el predominio del dueño de la casa, que ninguno se atrevia á desplegar sus lábios sin licencia, y nada más hacian sino comer y callar con los ojos caidos. Sin embargo, no se observó el menor silencio en la comida, por cuanto aquel buen amo y señor hablaba por todos. No cesaba de hablar y comer á un tiempo segun costumbre antigua y moderna. Era la comida abundante, y compuesta de carnaza al uso de montaña.

Como todos, menos él, se hallaban privados del uso de la palabra, emprendió la conversacion con Gil Blas, y le dijo:—Caballerito, aunque sea descortesía, deseáramos saber hácia donde camina Vd. para poder servirle, porque llevando Vd. la recomendacion de esta casa, lleva Vd. mas de lo que se piensa.—Mi direccion por ahora, dijo Santillana, es á la villa de Grado, Peñafior, y á la ciudad de Oviedo.—Pues en cualquiera de esos pueblos,

y en otros muchos mas será Vd. obsequiado, aunque no tambien como aquí, si llegan á saber que Vd. estuvo en esta casa. Vd. no sabe todavia quien yo soy, ni menos tendrá noticia del infante don Pelayo, de quien yo desciendo por línea recta de varon á varon. Tampoco sabrá Vd. de mi muy estrecho parentesco con Fernando VII, con quien estoy en secreta correspondencia desde Valencey, donde le tiene aprisionado el emperador Napoleon. Pero ya tengo tomadas mis medidas para sacarle de la prision, y traerle á España sigilosamente á gobernar la nacion, que una porcion de calaveras están arruinando. Esta canalla (que no merece otro nombre) nada menos pretende que destruir y deshacer mis mayorazgos, á pesar de haberse fundado á imitacion del mayorazgo de la corona. Parece que intentan asimismo abolir los diezmos en que consisten las rentas del clero secular y regular y las nuestras. Tampoco perdonan estos judfos á los obispos, arzobispos, canónigos y cabildos; pero ya daré yo instrucciones á mi primo Fernando cuando venga, para desterrar de sus reinos á todos estos pícaros.

Entonces le dijo Gil Blas, que ellos le evitarian el trabajo si lo sabian, por lo cual le encargaba el secreto en el prudente consejo que

M
Si
en
Pr

pensaba dar á su primo. Aunque Santillana sospechó que aquel señor flaqueaba un si es no es de los cascos, esperaba verse confirmado algo mas en su sospecha. Se le presentó esta ocasion en uno de los días que permaneció allí, en una conversacion que tuvo con la doncella de la casa, que no le miraba de mal ojo. Despues de haberla requebrado un poco, procuró saber de ella todas las cualidades de su amo, y cumplió, como acostumbran las de su clase, con toda su obligacion, esplicándose de la manera siguiente:—Mi amo, (aquí para entre los dos) es el mayor mentecato de cuantos puede haber en estas montañas. Es el ente mas raro, y el hombre mas estrafalario del mundo. Jamás duerme en cama, sino tirado por encima de un banco ó de un camapé sin desnudarse. Se pasan las tres semanas sin ponerse una camisa limpia. Toda la noche se lleva atisvando las alcobas en que duermen su señora y sus hijas, sin perdonar á las de las criadas. Irá veinte veces á la en que Vd. duerme cerrado con llave, por si, con otra alguna falsa, pudo Vd. salirse á requebrar á las hijas ó á la madre, ó tal vez á nosotras. Cuando nos hallamos en el mas profundo sueño sentimos algunas veces que nos andan palpando por encima de la ropa, y despertamos asusta-

das, hasta que nos desengañamos de ser él que viene á cerciorarse de si alguno está con nosotras debajo de las mantas.

Por otra parte es el hombre mas vano de cuantos puede haber. Vd. ya habrá notado el sin número de criados que aquí somos sin oficio ni destino, y sin ser necesarios para nada. Aquí hay mayordomo, aquí hay capellan, aquí paje, aquí doncella, y todo esto en una montaña al pie de un puerto cubierto de nieve la mayor parte del año. Pues en esto y en dar comilonas á los curas, al cirujano, al juez y al escribano, lleva gastado cerca de millon y medio de reales sin haber dotado á ninguna de sus hijas, ni dar carrera á ningun hijo. Ah! Se me olvidaba lo mejor, ¡Cómo creará Vd. que á pesar de toda su vigilancia y de todo su celo uno de sus curas, supo cortejarle una hermosa doncella y se la robó?

—Y Vd., le preguntó Gil Blas, ¿se dejaria robar tambien si alguno lo intentára?—De un cura, no señor; pero de otro cualquiera, no solamente yo, sino tambien la mayor parte de sus hijas, no siendo para monjas, porque este demonio de hombre no quiere que nos casemos por no pasar hambre en saliendo de su casa. Es esta otra de sus estravagancias entre las demas que le he notado, y no crea V. que

le he dicho ninguna que no sea tan cierta como el Evangelio; y si Vd. lo duda, infórmese de todos los vecinos del contorno, y le dirán lo mismo.—No necesito informarme, dijo Gil Blas, porque no dudo yo que este señor tendrá sus extravagancias, como las tienen todos los demas cada uno por su estilo; pero la mas sensible para Vds. debe ser la de no permitirles casarse teniendo una verdadera vocacion.—Ah señor, dijo la doncella: si entre sus amigos nos buscara V. media docena de novios que tuvieran tantas ganas como nosotras, gran favor nos haria. ¿Cómo se llama Vd., la preguntó Gil Blas.—Gertrudis de la Peña, tocaya, pero no parienta de la doncella que fue robada por el cura. Ah! se me olvidaba decirle, que este mismo cura, despues de haber hecho el robo, come á la mesa con el amo casi todos los dias, y en uno de ellos le dijo en sus mismas barbas, que con diez cuartos de papel le ponía la señora en la casa de los orates, si queria. Vea Vd. ahora el favor que nos haria en sacarnos de este palacio encantado, y de la compañía del endemoniado amo de él.—No dude Vd., amiga mia, que llevo á mi cuidado desempeñar este encargo, y que no me olvidaré de escribir por el correo á doña Gertrudis de la Peña.

CAPITULO II.

Entrada de Gil Blas en la casa del señor don Martin de la Pola de Somiedo.—Curiosas sesiones de este señor con Gil Blas.—Vende este su macho en Peñafior á buen precio.—Entrada de Gil Blas en Oviedo.—Primera sesion con el señor don Alvaro Flores Estrada.

Conociendo Gil Blas que se hallaba en la casa de un loco, y que de un hombre loco nada bueno debía esperar, trató de despedirse para continuar su viaje, y no hubo forma de detenerle por mas tiempo. Empezó pues su ruta, y á una legua de distancia andando siempre cuesta abajo, se dejó entrar en la villa de la Pola, capital de aquel concejo de Somiedo. Al llegar allí vió sentado junto al puente del rio, que baja del puerto, un venerable anciano de gracioso aspecto, en el cual manifestaba ser un distinguido personaje de aquellas montañas. Era de un muy agraciado rostro, á pesar de su ancianidad, el cual viendo venir á Santillana, se aproximó un tanto hácia él, y le dijo:—Caballero, acostumbro obsequiar en mi casa á todo pasajero de distincion, que transita por este camino, poco usado á la verdad, de personas de

M
Si
en
Pr

alta clase. Ninguno me ha desairado hasta hoy, y espero que Vd. se dignará honrarme, descansando algunos dias en aquella su casa, que Vd. vé tan inmediata á nosotros.—Cabalmente vengo de otra, dijo Gil Blas, que se halla á una legua de aquí, y no puedo menos de admirar la urbanidad y cortesanía que estoy experimentando en un terreno, que mas bien parece destinado para la mansion de fieras, que para habitacion del género humano.—Como Vd. no ha vivido en él (contestó el anciano que se llamaba el señor don Martin) no admiro que se explique en esos términos; pero tenga Vd. entendido que estas elevadas montañas, con sus peñascos, valles, rios, fuentes y arbolado, son una de las maravillas del Eterno Hacedor en la grande obra de la naturaleza.

Conociendo Gil Blas por esta explicacion, que este señor era otra clase de hombre que el que dejaba atrás, se apeó de su cabalgadura, y se dejó ir. A muy poco rato hicieron conversacion sobre el alojamiento que habia tenido en la casa ó palacio del primo de Fernando VII, y habiendo referido Santillana todo cuanto habia notado allí, sin omitir nada de lo que le habia dicho la doncella, se lo confirmó en tales términos el señor don Martin, que no dudó ser muy cierto lo que él habia tenido como por increíble.—Pe-

ro señor, le replicaba Gil Blas. ¿Es posible que aquel buen señor se crea primo de Fernando VII con quien dice se halla en sigilosa correspondencia, para sacarle de Valencey, donde le tiene aprisionado el emperador de los franceses?—Si señor, le contestó: Es creible eso y todo lo demas que Vd. me ha referido. El ha dado en esa manía con todas las de mas que tiene en su cabeza, así como dan otros en otras extravagancias; pero los que le conocemos no le hacemos caso, porque por otra parte sabemos que no es mas que un pobre diablo, pero con algunas buenas intenciones.—Está Vd. muy equivocado, le replicó Gil Blas, porque tiene determinado aconsejar á su primo, cuando venga, desterrar á esos pícaros, que tratan de destruirle sus mayorazgos, fundados á imitacion del de la corona.—Ya lo sabemos aquí, contestó este señor, pero antes que él y otros como él lo consigan, les hemos de dar que hacer. Yo tambien tengo mis mayorazgos, pero conociendo cuán perjudiciales son en la sociedad, entro muy gustoso en su abolicion. Tengo ademas parte de mis rentas en diezmos, y como reconozco tambien que esta contribucion no está arreglada á los principios del órden social, soy de opinion de que no debe subsistir.

—Estoy admirado, señor, añadió Santillana,

M
Si
en
Pr

de ver en estos elevados montes dos personajes de distincion tan inmediatos el uno al otro, y tan opuestos en las ideas. Yo creia que era mas natural llevar entre Vds. la mayor armonía y trato familiar para hacer soportable la vida triste y melancólica que forzosamente se ha de pasar aquí. Al fin, cuando las personas de alguna educacion se reunen, y se tratan con frecuencia, todavía podrá ser soportable el habitar en estas montañas pobladas, á lo que yo creo, de osos, lobos y otras fieras.—Si Vd. se hubiera eriado entre nosotros, dijo el anciano, seria tal vez mas feliz que los que viven en las grandes poblaciones, esclavos de sus vicios y estragadas costumbres. Aquí se goza de mas salud, de mas robustez, y de mas larga vida, por ser esta la mas conforme á la naturaleza. En los pueblos grandes es donde, regularmente hablando, reina la mayor corrupcion, y es esta tanto mayor, quanto mayor es el número de sus habitantes. Estos naturales dedicados al ejercicio de la agricultura y vida pastoril, no conocen ciertas enfermedades que llevan al sepulcro una gran parte de los ciudadanos. El duelo, el ócio, la gula, y otros placeres sensuales no tienen cabida en estos, que parecerán á Vd. desiertos, pero que no lo son, porque donde quiera que entre estos riscos haya un pedacito

de terreno que pueda ser cultivado, allí verá Vd. una chocita habitada por una familia feliz y dichosa, que debe su sustento á la naturaleza y su cultivo. El cuidado de su labranza, de sus ganados y de su familia, forma toda la historia de su vida. Compare Vd. esta con la que se lleva en las grandes poblaciones.

—Yo he viajado un poco, amigo mio, añadió el anciano, y he notado que la corrupcion se ha aumentado á medida que el hombre se ha ido desviando de la vida natural. En una ciudad la he visto mayor que en una villa, y en una córte mayor que en una ciudad. Tambien tengo mi librería, y leo en ella que la relajacion debe ser, por ejemplo menor en Madrid que en París, y en París menor que en otra mayor poblacion, y así progresivamente. Vd. es jóven aun, y el mundo, los años, y la esperiencia, le enseñarán á Vd. esta verdad, y otras muchas.—Cabalmente con esta intencion, contestó Gil Blas, voy á recorrer algunos pueblos para formar el corazon y el espíritu, como suele decirse, y en lo poco que ya he visto, me voy admirando mas y mas de ver entre los hombres una estravagante locura, que no puede menos de producir funestísimas consecuencias. En la casa de unos tios que tengo en Castilla, en Astorga, en ese palacio del primo de Fernando VII, y al pa-

recer en esta villa de la Pola, observó un principio de discordia civil muy contrario al bien de la sociedad. Los unos pretenden gobernar al mundo allá á su manera, trastornando leyes y principios establecidos desde tiempo inmemorial. Los otros no quieren en manera alguna admitir este trastorno, y estoy viendo venir de esta discordia una enemistad casi general que nos ha de conducir á un sin número de desgracias.

--¿Y entonces, replicó el buen anciano, quiere Vd. que lo que está mal hecho no se enmiende jamás? ¿Le parece á Vd. razonable que continuen los males que sufren los pueblos, por una mala forma de gobierno, pudiendo esto remediarse por medio de otro gobierno con otra forma muy diferente? ¿No conoce Vd. las ventajas de un gobierno representativo respecto de un gobierno absoluto? Ya verá Vd. como con esta otra nueva forma se enmiendan todos los abusos y desórdenes del gobierno anterior.--Yo soy muy jóven aun para conocer esas diferencias entre los dos gobiernos, dijo Gil Blas; pero lo que no puedo concebir es, como teniendo diezmos y mayorazgos Vd. y ese otro caballero de mas arriba, éste quiere conservarlos, y Vd. perderlos. A ninguno le agrada en este mundo que le quiten lo que tiene para vivir. Le con-

fieso á Vd. que esto no acabo de comprenderlo.

-- Pues ahí verá Vd., dijo el buen señor, la gran diferencia que hay entre los que somos liberales, y los que son serviles; pero á estos ya les llevamos el pleito ganado, y se hallan los pobretes cabizbajos, encogidos, y acobardados, de modo que no se atreven á resollar. Intrigarán y trabajarán para formar un partido; pero el nuestro siempre será mucho mayor.--Si Vds. se dividen en partidos, repuso Gil Blas, no estrañaré que lleguen á chocar el uno contra el otro hasta desgarrarse y destruirse recíprocamente.

En estas y otras iguales materias se entretuvieron el jóven y el anciano todo el tiempo que Santillana se conservó en la casa de aquel buen señor. Y habiéndole enterado Gil Blas de la historia de su vida y de sus deseos de viajar para conocer el mundo y los hombres, le ofreció una recomendacion para su hijo don Alvaro que se hallaba en la ciudad de Oviedo á la sazón. Le informó de sus estudios, y de sus obras literarias, que habia dado á luz con universal aplauso. Le aconsejó frecuentase el trato con él todo el tiempo que permaneciese en la ciudad, si queria recibir lecciones interesantes de un sugeto bien conocido en toda la Europa.

Apreció mucho Gil Blas esta recomendacion,
Tomo I. 6

M
Si
en
Pr

porque ansiaba instruirse é ilustrarse, reconociendo ya en su corta edad ciertos delirios de los hombres que no podia compaginar con su muy despejada razon. Resolvió pues continuar su viaje, y pidió permiso al anciano para partir. Se habia aficionado tanto este buen señor de Santillana, que le obligó á detenerse por algunos dias mas en su casa. En ellos le enteró muy por estenso de una interesante empresa de su hijo en que llevaba gastados algunos miles de pesos, pero cuya obra estaba por concluir. Era esta una fábrica de hierro y acero colado (cuyo mineral y combustible abundaba en aquel pais) para la fabricacion de todos los utensilios que se hacen de este metal. La proximidad á Castilla por aquel puerto de tierra ofrecia una ventajosísima salida á todo cuanto se pudiese trabajar en dicha fábrica, y á los castellanos el uso de todos estos enseres á un moderadísimo precio. Le manifestó igualmente su pequeña librería, y la mas en grande que allí tenia su hijo en la cual vio Gil Blas la grande obra de una enciclopedia inglesa en mas de ochenta tomos de una muy lujosa impresion.

Catorce leguas faltaban á Gil Blas para llegar á la ciudad de Oviedo, y habiéndole dado el señor don Martin una carta de recomendacion para su hijo, se despidió de aquel buen señor

y emprendió su ruta hácia un lugar de dos ó tres casas, llamado la Riera. Llevaba ocupada su imaginacion en la division de partidos que ya habia observado en el corto espacio que habia recorrido, y principiaba ya á sospechar que los hombres no estaban en su sano juicio por las locuras y desatinos que decian y pensaban ejecutar. No bien habia caminado media legua cuando le fué preciso apearse, porque la estrechez del camino entre aquellos riscos apenas tenia una vara de ancho en algunos parajes, y al menor tropezon de su mulo iban él y su amo por los aires volando trescientas varas hasta caer en el rio. Pasó adelante sin detenerse en la Riera, y caminando siempre hacía abajo por las orillas de aquel rio llegó al pueblo de Belmonte. No quiso reconocer un convento de frailes que allí habia, y siguió hasta la villa de Grado y Peñafior, donde hizo alto, y en donde se propuso vender su macho á imitacion de su ascendiente Gil Blas en la venta de su mula. En doce doblones le habia tasado el canónigo su tio, pero engañado por un chalan y el mesonero, no le dieron por ella sino tres ducados que recibió gustoso, creyendo que no valia mas. Pues á mí, decia él, no me engañarán del mismo modo, antes bien he de procurar si puedo engañar yo al comprador, porque ya voy

viendo que tolos en este mundo son engañados los unos por los otros.

Estaba detenido á la sazón en Peñasflor el veredero ó conductor de tabacos de Castropol por habérsele muerto allí uno de los machos en que conducia los cajones. Aprovechándose Gil Blas de esta coyuntura, se presentó á él, y le dijo:—Mucho siento, amigo, la desgracia que le tiene detenido aquí haciendo mucho gasto, y sin poder pasar adelante. Como há de ser! Son esos unos reyeses de la suerte que no está en nuestra mano evitar, y no hay otro medio que llevarlos con resignación y paciencia.—¿Qué paciencia ni qué demonio me aconseja Vd. para consolarme de la pérdida de un macho que me habia costado veinte doblones? Voto á brios, que estoy para renegar de todos los santos que hay en los altares de este maldito lugar. El macho que entró aquí relinchando y vertiendo vidas; verlo ahora asesinado y muerto en la cuadra con el rabo estirado y las piernas tiasas! Por vida del padre santo que estoy por tirarme al rio y..... En esto comenzó á darse puñadas en la cara, y arrancarse los pelos de la cabeza. Era este veredero un tal Parrondo, nacido y criado en una de las brañas de los baqueros de Asturias. Ya se sabe que estos baqueros sienten mas la muerte de un macho que la de la

propia mujer. Por otra parte se le agregaba ademas otra pérdida, que era la del importe de aquella vereda, no pudiendo conducir á Castropol los cajones de tabaco que habia sacado de Oviedo.

—Viéndole Gil Blas en aquel apurado lance, le dijo: Me compadezco, amigo, de su desgracia, y procurandó remediársela, no tengo inconveniente en venderle el macho mio, si puedo alquilar un mozo que me lleve la maleta y las alforjas hasta la ciudad, puesto que bien podré andar á pie las tres leguas y media que me faltan.—Toma, dijo el veredero: el macho de Vd. será de silla y nó puede servirme.—No amigo, cuando yo le compré era un macho de albarda, por lo cual dice ahora á pluma y á pelo; pero hágase la esperiencia cargándole los cajones y veremos como se porta. En efecto se hizo así, y cuando el animal los tuvo encima, echó á correr con ellos, bebiendo los vientos por aquella vega. —Ea, dijo entonces el señor Parrondo, ¿cuanto pide Vd. por su macho?—Ya conoce Vd., contestó Gil Blas, que no hay comparacion entre el macho vivo y el macho muerto, pero por no aprovecharme de su triste situacion, me dará Vd. los mismos veinte doblones que le habia costado el difunto.—Para que Vd. vea que no se lo desprecio, le ofrezco

por el diez y seis. Se hallaban presentes á la sazón dos pescadores de truchas, y dijeron: --Ea señores, ni sean los diez y seis ni los veinte; pártase la diferencia, y sáquese la robla. En efecto recibió Gil Blas los diez y ocho doblones de la bolsa del señor Parrondo, y emprendió muy alegre con ellos su viaje á pie hasta la ciudad de Oviedo en compañía del mozo de alquiler, á quien pagó el porte de la maleta y alforjas con la silla que habia quedado en Peñafior.

Luego que Gil Blas se vió en su alojamiento resolvió hacer una visita al hijo del señor don Martin de la Pola el señor don Alvaro Florez Estrada. Le entregó la carta de recomendacion que le habia dado su señor padre, en vista de la cual ofreció á Gil Blas su mesa, dinero y todo lo demas que necesitase durante su estancia en Oviedo. Correspondió Santillana á esta generosidad, contándole la historia de su vida, y como le preguntase por la familia de los Santillanas y por el canónigo Gil Perez, sus ascendientes, le dijo:--Amigo mio, no haga Vd. caso de esa genealogía ni menos de esa ejecutoria, porque toda la historia de ese Gil Blas de Santillana es fabulosa y de pura invencion. Yo no alcanzo la razon de haberse dado tanta importancia á una obra, que, en mi opinion, no es apreciable sino

en algunos capítulos en que se trata del reinado de Felipe III, de su privado el duque de Lerma, y de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias. No puede dudarse que en esto tiene un gran mérito esa historia, porque descubré todos los manejos de la corte en aquella época, ridiculizándolos y satirizándolos delicadamente con todos sus pelos y señales. Por esta razon no pudiendo imprimirse en España se publicó en Francia por Mr. Lessage, que obtuvo el manuscrito de la embajada francesa que habia aquí á la sazón.

En todo lo demas de la historia no hallo yo mérito alguno por estar reducida á la vida de los ladrones y comediantes, y solo veo en ella el don de la claridad. Muchos literatos se han ocupado en descubrir al autor de esta obra, y ninguno lo ha conseguido; pero yo la he leído con todo cuidado, y en ella misma he conocido que es obra de dos ingenios, el uno muy señalado y el otro muy inferior. Repásela V. atentamente y sacará, como yo, que los capítulos interesantes son del distinguido literato y poeta don Luis de Góngora, que vivía y escribía en aquella época, y todo lo restante será de un discípulo suyo, á quien por aficion y cariño quiso favorecer con su delicada sátira. En el capítulo 13 del libro 7.º hallará Vd.

la comprobacion de esta opinion mia.

El sabio literato don Juan Antonio Llorente, escribió en Francia un curioso libro para probar demostrativamente á los franceses, que esta historia era obra de un ingenio español, y no de un francés como ellos pretendian. En efecto, logró lo que intentaba, porque no han podido rebatir aquellos sábios las razones y argumentos aducidos por dicho señor Llorente. Este literato escudriñó cuanto le ha sido posible para averiguar el autor español de la obra de Gil Blas de Santillana, pero no se atreve á fijarse en ninguno, y solamente la quiere atribuir á un bachiller de Salamanca. En el capítulo citado libro 7.º se declara que don Luis de Góngora era un bachiller, aunque no descubre la universidad que le confirió aquel grado.

Habiendo reconocido el sobrino de doña Casilda Perez la farsa de su alcurnia y antigua nobleza por los Santillanas, en vista de la relacion del señor Florez Estrada, resolvió frecuentar su trato durante su permanencia en Oviedo, para aprender de este sábio asturiano algunas lecciones útiles para la carrera del mundo que iba á recorrer: pero considerando ya demasiado larga esta primera sesion se despidió cortesmente de dicho señor y partió para su alojamiento.

CAPÍTULO III.

Curiosa sesion de Gil Blas con el señor Florez Estrada sobre la declaracion de guerra al emperador Napoleon.—Fogosidad y entusiasmo de los Asturianos en esta terrible lucha.—Desordenada organizacion de los primeros regimientos militares.—Horroroso patibulo del conde del Pinar y sus compañeros —Salvacion casi milagrosa de estas victimas.

Al entrar en su habitacion se halló con un hombre que le estaba esperando en ella, el cual le saludó pidiéndole una carta que traia para él. Gil Blas, que no habia recibido carta alguna, sino la que ya habia entregado al señor Florez Estrada, le dice:—Vd. precisamente viene equivocado, porque yo no conservo en mi poder ninguna carta para nadie.—Saque Vd. su cartera, dijo el buen hombre, y veremos si en ella viene una para mí. En efecto entre otros papeles insignificantes se halló un sobreescrito que decia: *Al señor don Rodrigo Antonio Alvarez, del comercio de Oviedo*—Servidor de Vd. dijo entonces este honrado comerciante, y añadió:—Por el correo de hoy recibo carta de As-